

jeros morenas, de ojos profundos, resaltaban siempre sobre las lejanías cordobesas. En la mirada del pintor y en su gesto nostálgico, parecía que también afloraban las mismas lejanías, que sin duda iban muy dentro de su alma.

En el estudio coincidí varias veces con Carmen Moraga, la bellísima artista, entonces en la cumbre de su fama, a la que le estaba pintando un retrato. Un día, al marcharse ella, comentó Julio Romero:

—Estas mujeres de teatro son insaciables. Con todo lo guapa que Dios la ha hecho, quiere que yo todavía mejore la obra de Dios. Tiene bastante con esa belleza para llegar muy alto en muchos caminos. Ya sabe usted que se dice...»

El comentario lo hacía conmigo a solas, mientras mi novia se preparaba para posar. La llegada de ésta, cortó la frase. Años después se habló de que había llegado a la máxima altura y que no supo estar luego a tono. Cartas y noticias divulgadas por ella durante la República, probaron lo último.

Terminados los retratos de mi novia y de su amiga, vi varias veces, de tarde en tarde, en algún café, a Julio Romero de Torres, que murió joven, en su natal Córdoba, a las doce de la noche del domingo, 11 de Mayo de 1930.

Versos y tonadillas cantan el recuerdo del más representativo pintor español del siglo XX.

«Julio Romero de Torres  
pintó a la mujer morena...»

Eso canta una copla, y esto se dice en otra:

«Puentecito, puentequito,  
puente de San Rafael,  
dime por qué caminito  
te lo has llevaído,  
para no volver.

¿Dónde está Julio Romero?

¿Dónde esta? ¿Por qué se fué?»

En Córdoba, un museo con sus cuadros, testimonia al mundo su creación genial. Yo tengo en mi casa, para recordar a Julio Romero de Torres y transportarme a los juveniles días de nuestra amistad, el retrato de mi mujer, plena de belleza y juventud, sobre el fondo suave de las hermosas lejanías cordobesas.

MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO  
Conde de Canilleros y de San Miguel

## HIPERESPACIO

Voy rumiando en los ojos  
el verde de los campos  
entre líquidas nubes  
con el sabor salado  
y rastros en brasa  
con sangre de lagartos.

Tengo en dos dimensiones  
un paisaje pintado.

Me duele en las entrañas  
un dolor de mal parto;  
tiendo lejos la vista  
buscando y más buscando  
y una congoja rompe  
mi pecho acongojado.

Tengo espacios vacíos  
en largo y hondo y ancho.

Estoy tendido ahora  
dormido en el regazo  
de la tierra caliente:  
junto a Dios y soñando.

Me nace una sonrisa  
con un verso en los labios.

Mi dimensión ahora  
sólo mide a lo alto.

JOSE CANAL